Padre François Brune

Para que el Hombre se convierta en Dios



Liber Factory

Para que el hombre se convierta en Dios

Padre François Brune

Para que el hombre se convierta en Dios

Traducción: Alfredo Camarero Gil

Liber Factory

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2017 Para que el hombre se convierta en Dios
© Padre François Brune
© 2017 Editorial: Liber Factory
C./ San Ildefonso nº 17 28012 Madrid. España
Web: www.liberfactory.com
Tel: 0034 91 3117696

Traducción: Alfredo Camarero Gil

ISBN: 978-84-9949-910-9

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Disponible en préstamo, en formato electrónico, en www.bibliotecavisionnet.com

Disponible en papel y ebook
www.vnetlibrerias.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripcion@visionnet.es

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Ya estaba en la imprenta este libro cuando decidí introducir esta pequeña nota para los lectores de lengua española. Temo sinceramente que éstos puedan banalizar el título, convirtiéndolo a él y al contenido de la obra en una mera «metáfora», cuando el autor, siguiendo a los santos Padres de la Iglesia primitiva, insiste en dar al título y al contenido de la obra el sentido más fuerte, porque «la unión entre Dios y el hombre nos parece esencial al cristianismo –dice el P. Brune ».

Para François Brune, los Padres griegos y orientales que participaron en los concilios de Nicea (a. 325) y de Calcedonia (a. 451) proclamaron las grandes fórmulas dogmáticas que explicitan la fe de la Iglesia en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. La encarnación de Dios nos permite participar, por nuestra incorporación a Cristo, en el ser mismo de Dios.

Se pregunta el P. Brune si es posible una verdadera unión entre el hombre y Dios. «Nos parece, dice, que este es el mensaje propio del cristianismo que responde a lo que esperaban todas las grandes religiones: **que la unión entre el hombre y Dios es posible, porque Dios la realizó en Jesucristo**». Esta fue, según él, la intuición profunda de toda la Iglesia primitiva. Como ejemplos, cita algunos textos de los Padres:

San Ireneo: «El Verbo de Dios… se hizo lo que somos nosotros para convertirnos en lo que él es.»

San Atanasio: «El verbo de Dios… se hizo hombre para que nos hiciéramos Dios».

San Agustín: «Dios se hizo hombre para que el hombre se convierta en Dios».

Pero esto no es nada fácil para los que hemos bebido de la teología escolástica. Recuerdo que, en la misa del día de Navidad, el sacerdote celebrante se hizo eco de esta idea de los Padres, para expresar con fuerza que diluía a los Padres: Dios se hizo hombre para elevar la naturaleza humana y hacernos así hombres perfectos como él. Al salir de misa, me acerqué y le recordé tímidamente que la frase de san Agustín, como él sabía, era que «**Dios se hizo hombre para que el hombre se convierta en Dios**». Pareció molestarse un poco y me dijo con énfasis: «¡*Yo no quiero ser Dios!*».

Evidentemente, no se trata de hacernos dioses introduciéndonos en un panteísmo que los santos Padres y el mismo P. Brune rechazan. Se trata de algo mucho más sencillo. «Por nuestra unión con el Verbo Encarnado glorioso, dice Brune, conocemos esta misma reunificación (del compuesto humano) que comienza ya a manifestarse en la experiencia mística». Dios nos quiere infinitamente. Por eso en el Cielo se nos da El mismo con todo su Amor y nosotros, poco a poco, nos iremos convirtiendo en El. Esta es la meta enorme a la que somos llamados.

El P. Brune tiene la valentía de incorporar a su teología de la Encarnación la experiencia de los místicos, que viven ya en la tierra la consustancialidad con Dios a la que todos estamos destinados.

EL AUTOR

Nacido en 1931 en el Ere (Vernon), François Brune, después de un bachillerato en latín-griego y filosofía, sigue cuatro años de hypokhâgne y khagne.

Hypokhagne, khagne: términos de la jerga estudiantil para designar las clases de preparación al examen de entrada en la Escuela Normal superior, la mayor Escuela literaria de Francia, la equivalente a la Escuela Politécnica para las ciencias. y obtiene sus diplomas en latín y griego, en la Sorbona.

Después de seis años en el seminario mayor (Instituto Católico de París y Universidad de Tubinga) y de estudios de lenguas (hebreo, egipcio jeroglífico y asirio-babilonio), se licencia en teología en el Instituto Católico y se ordena sacerdote en 1960.

En 1964, se licencia en sagrada Escritura en el Instituto Bíblico de Roma.

A continuación, lleva a cabo una actividad como profesor de teología dogmática y de sagrada Escritura en seminarios mayores (Nantes, Rodez, Bayeux) durante siete años.

Paralelamente, continúa estudios (privados) sobre la tradición de los cristianos de Oriente (Iglesias ortodoxas) y de los místicos de Oriente y Occidente, cristianos y no-cristianos.

Luego, hace estudios de fenómenos paranormales y publica Los muertos nos hablan en 1988 (EDAF, 1990).

Forma parte del Comité de investigación de la rama francesa de I.A.N.D.S. (la organización internacional para el estudio de los estados cercanos a la muerte). Es también miembro de varias asociaciones en Luxemburgo y en Alemania sobre la transcomunicación (comunicación con el más allá).

Pronuncia numerosas conferencias tanto en Francia como en Europa y América del Norte y del Sur, publica artículos y participa frecuentemente en emisiones de radio y televisión.

Padre François Brune

Para que el hombre se convierta en Dios

DEL MISMO AUTOR:

Pour que l'homme devienne Dieu, Ymca-Press, 1983; Éditions Dangles, 1992; reedición por les Presses de la Renaissance en la colección «Petite renaissance», 2008; traducido al alemán y al ruso.

Los muertos nos hablan, tomo I, EDAF, 1990

Cristo y karma, Editorial Luciérnaga, 2000.

Dites-leur que la mort n'existe pas, mensajes de Jean Winter y Gérald de Dampierre, comentarios del P. Brune, Ed. Exergue, 1998, reeditado por Le courrie du Livre, 4ª édition 2010; traducido al polaco y al rumano.

La Vierge du Mexique, Le Jardin des libres, 2002.

A la escucha del más allá, en colaboración con el profesor Rémy Chauvin, nouvelle édition Oxus, Librería A-A, 2003

Saint Paul, le témoignage mystique, Oxus 2003.

Dieu et Satan, Ed. Oxus, 2004, (recoge en buena medida *Les miracles et autres prodiges,* Philippe Lebaud, 2000; nueva edición: Oxus, 2004; traducido al rumano).

Le chronoviseur, la máquina de explorar el tiempo, Ed. Oxus, 2004; traducido en alemán, italiano, polaco y rumano.

La Vierge de l'Egypte, Éd. Le Jardin des Livres, 2004.

Los muertos nos hablan, tomo II, Oxus, 2006; traducido al polaco.

¡Ay, qué hemos hecho con su Amor! Ed. Le Tems Présent, 2008.

Le dernier miracle de la Vierge du Mexique, Ed. Le Temps Présent, 2011, repite *Le secret de ses yeux,* Le Temps Présent, 2009.

Les morts nous aiment, Le Temps Présent, 2009.

Le Cristo de otra manera, (Traducido al castellano), Le Temps Présent, 2010.

Mis encuentros con los muertos (Traducido al castellano), Le Temps présent, 2012

SUMARIO

Prefacio **17**
Introducción **23**

PRIMERA PARTE
LA EXIGENCIA INFINITA DEL AMOR
DIOS Y EL HOMBRE, LA UNIÓN IMPOSIBLE

Capítulo I: La revelación del Amor: La Trinidad **65**

La dialéctica del Amor. El intercambio de Amor solo continúa mientras la unión no es total. 66

La solución del Amor. El intercambio de Amor entre personas distintas puede existir en un mismo y único ser. 73

La lógica del Amor. El Amor no es solo entrega mutua, sino acción común. 88

La exigencia del Amor. Cada uno solo debe ser feliz por la felicidad del otro, sin el menor retorno sobre sí..... 93

Capítulo II: La llamada del Amor: la Creación..... **101**

El sentido de la Creación. Siendo Dios el Absoluto, ¿nos puede amar realmente? 103

El misterio del tiempo y del espacio. Nuestra relación de amor a Dios se sitúa mucho más allá de los límites del tiempo y del espacio. 120

El misterio del Mal. Solo una cosa es segura: puesto que Dios nos ama realmente, el mal que nos aplasta no puede venir de El y, para que El lo tolere, debe haber alguna misteriosa y terrible razón. 151

Capítulo III: El fracaso del Amor: el Pecado 179

Posición del problema. 179

La esencia del pecado. Todos somos perdonados de antemano, hagamos lo que hagamos, porque Dios es el Amor infinito, incondicional. Pero Dios solo puede hacernos compartir su felicidad si aprendemos a amar como El. 180

El perdón de Dios. El pecado no es ni un error, ni una imperfección, sino un repliegue egoísta sobre uno mismo..... 218

El pecado original. Nuestra solidaridad en el mal (como en el bien) nos relaciona con todos los hombres, del pasado como del futuro, a través del tiempo y el espacio. 229

Intento de síntesis sobre la relación pecado/desgracia. Nuestro pecado, al alejarnos de Dos, única fuente de vida, nos hunde en la desgracia, pero esta misma experiencia nos ayuda a encontrar a Dios..... 256

Conclusión..... 262

Prefacio

Emmanuel Randsford[1]

Cuando François Brune me propuso escribir este prefacio acepté gustoso. Debo sin embargo confesar que mi competencia en materia de teología es bastante modesta. Estoy sin duda alguna más cerca de los descreídos que de los doctores en teología.

Viktor Frankl decía que «*el ser humano, para mantenerse en pie, tiene necesidad del sentido. Y de esa verdadera humildad que es el humor.*» En mi búsqueda del sentido, he buscado sobre todo elementos de respuesta en la ciencia, más que en la religión. ¡En cuanto al humor, es una práctica que cada uno debe cultivar, para su propia felicidad y la de su entorno!

El Padre Brune recuerda con acierto que «*la ciencia […] no explica nunca realmente las cosas, porque no conoce nunca la última palabra*.» en materia de explicación, en efecto, la ciencia no llega nunca hasta el final del camino. Nos ofrece por el contrario el expediente de las regresiones hasta el infinito de las causas anteriores. Es así, porque actúa habitualmente en el marco estricto de lo que los lógicos llaman el *modus ponens.*

Dicho esto, he leído con interés este libro a la vez profundo, sutil, erudito e innovador. El autor aborda

[1] Autor de varias obras, entre ellas *La Nouvelle Physique de l'Esprit* (éd. Le Tems Présent) y *La Conscience Quantique et l'Au-delà* (éd. Guy Trédaniel).

en él temas tan esenciales como Dios, Su perfección y Su perdón, el misterio de la Trinidad, la doble naturaleza —divina y humana— de Cristo, la Redención y la Eucaristía, el amor divino y la unión con Cristo, el sufrimiento, el pecado y el problema del mal, la cuestión de la salvación y muchos otros temas.

Su título es magnífico: «**Para que el hombre se convierta en Dios**». Se inspira en la frase de San Agustín citada explícitamente: («*Dios se hace hombre para que el hombre se convierta en Dios*»), que resuena como una invitación a la superación de sí, una invitación a participar en la transcendencia y en su plenitud. Basile decía también: «*El hombre es una criatura que ha recibido la promesa de convertirse en Dios.*»

Este título apunta hacia lo ilimitado que duerme en nosotros y que puede actuar en nuestro corazón. Nos recuerda que tenemos un alma, que es nuestra parcela de divinidad. Esta alma está al margen de la falta y la obstrucción que marcan nuestra vida terrestre. Ella es nuestra grandeza.

No se me interprete mal, sin embargo: el hombre que se convierte en Dios no es el hombre-dios del orgullo y del exceso. Es por el contrario el de la humildad, la acogida, el compartir. El corazón del hombre que tiende hacia Dios está abierto —esto lo que le hace inteligente y luminoso, porque su inteligencia es del orden del amor.

¿No se dice, por otra parte, que para hacerse santo hay que ser más humano que los humanos? ¿No llevar forzosamente una vida irreprochable, sino ser caritativo y humilde? ¿No se dice también que hay que ser pobre, menesteroso, con las manos vacías, pero escuchando, con el corazón acogiendo, para que Dios se revele?

La inteligencia del corazón se alimenta del silencio de lo mental y del desprendimiento interior porque, señala Gustave Thibon, «*un don absoluto solo puede caer en manos absolutamente vacías.*»

El autor se dirige hacia la teología mística de las Iglesias de Oriente, que él prefiere a la teología especulativa de Occidente. Esta teología «*trata más de concretar en qué consiste el misterio y cómo participar en él, que de explicarlo*». Es un eje mayor de la reflexión a la que él nos invita. «*Con esta teología mística*», escribe, «*descubriremos no solo una síntesis relativamente nueva, para nosotros occidentales, sino también un lenguaje teológico relativamente nuevo.*»

Entre el racionalismo y el misticismo, François Brune, prefiere claramente el último. Profundiza a través de él en la la cuestión crucial de la unión entre el hombre y Dios, «*tanto en Cristo como en cada uno de nosotros*». Subraya que «*la unión entre el hombre y Dios es posible, porque Dios la ha realizado en Jesucristo.*» Se opone así a nuestros teólogos filósofos, que «*han partido de la hipótesis teológica, o más bien, filosófica, de que esta unión real con Dios no es posible.*»

Hay aquí un desacuerdo importante, que el autor profundiza con la admirable sutileza que le permite su extraordinaria erudición. No duda en afirmar que «*la fe cristiana solo encuentra […] su mayor coherencia lógica, la más satisfactoria racionalmente, a su nivel más místico.*»

El autor cita este dicho oriental: «*Nadie es teólogo si no ha visto a Dios*». Esboza una «teología del corazón», que pone en práctica el mensaje de amor de Cristo. Porque «*solo se ve bien con el corazón*», decía Antoine de St-Exupery. El corazón ve más amplia y profundamente que el entendimiento: la comprensión del corazón es eficaz e inevitable. Ella es la que hay que desarrollar y privilegiar.

Por eso, Brune nos pone en guardia: «*No es necesario, repitámoslo incansablemente, que nuestro deseo legítimo de comprender nos haga reducir el contenido de nuestra fe a lo que podemos explicar. Porque entonces, habría que renunciar a vivir, porque nadie sabe lo que es la vida; o renunciar a la felicidad de amar, porque nadie sabe lo que es el amor.*»

Por otra parte, el autor nos ofrece algunos pensamientos sobre los misterios del espacio y del tiempo místicos que se aplican a la irrupción de lo sagrado en el mundo ordinario. Escribe por ejemplo: «*el momento exacto [de las] acciones místicas en el flujo del tiempo, no tiene gran influencia puesto que el ritual puede reintroducirlos en cualquier momento del tiempo*». Añade: «*de la misma manera, el lugar exacto en que se producen en el espacio importa poco, porque el ritual puede hacer aparecer este lugar en cualquier sitio.*»

En realidad, dudo que la ciencia tenga vocación y competencia para pronunciarse sobra cualquier espacio y tiempo místicos. A lo sumo, podemos recordar que la teoría de la relatividad de Einstein (en 1905) pone en evidencia una interdependencia del espacio y del tiempo, que ella relaciona en un mismo continuo de espacio-tiempo. Esta interdependencia es tal que un observador cuya velocidad aumente verá que el tiempo se dilata y el espacio se contrae.

Más profundamente todavía, materia, espacio y tiempo aparecen como tres polos inseparables de una realidad más global. Este conjunto unificado de la materia-espacio-tiempo es el gran descubrimiento conceptual de la relatividad general (Einstein, 1915).

Las cosas se complican aún, cuando se constata que el espacio-tiempo, que se estudia en física cuántica, es completamente rígido y newtoniano. ¡No tiene nada que ver con el de la relatividad! Aquí, todo se hace oscuro. Esta extraña disparidad produce grandes dificultades, cuando se trata de conciliar la relatividad y los quanta.

La «rigidez» del espacio-tiempo cuántico, y la simultaneidad que de ella se desprende, no es ni una simple aproximación ni una visión gratuita del espíritu. Tiene efectos muy concretos. Por ejemplo, parece que esta simultaneidad reaparece. Esta vieja noción newtoniana, que se creía definitivamente superada después de los trabajos de Albert Einstein, resurge con la no-localización cuántica.

La no-localización cuántica, que se llama también la no-separabilidad, el enmarañamiento o la intricación, dirige una estricta simultaneidad entre acontecimientos arbitrariamente alejados en el espacio. Este fenómeno fuera de norma desprecia las reglas relativistas. Por otra parte, todavía hoy suscita la incomprensión general en cuanto a la verdadera naturaleza, que sigue siendo totalmente misteriosa.[1]

En resumen, la ciencia física es hoy incapaz de proponer una visión coherente y unificada del espacio-tiempo del mundo sensible. ¿Cómo, *a fortiori*, podría pronunciarse sobre el espacio y el tiempo del mundo místico y sagrado? Ella ni siquiera tiene vocación para esto. Es lo que sugiere François Brune indirectamente, cuando afirma que «*solo la fe puede llegar al nivel de lo sagrado*». Este nivel no es accesible a la ciencia profana.

El espacio-tiempo de la materia solo se aplica a la materia. Le es exclusivo y no la desborda. Esto da, por defecto, una perfecta legitimidad para las especulaciones del autor, que evoca como concerniente al plan divino y a nuestras relaciones con el «*aspectos del tiempo y del espacio que no se corresponden con las leyes que podemos observar habitualmente.*»

(Añado sin embargo que las nociones de exo-causalidad y de endo-causalidad, tal como las defino en mis escritos, pueden alimentar una reflexión global sobre el espacio-tiempo. En pocas palabras, la endo-causalidad se traduce por lo aleatorio. La exo-causalidad en cambio es determinista y engendra el espacio-tiempo. Sobre esta base, se puede repensar el espacio-tiempo en un marco más general que el de la sola materia.[2])

[1] Existen numerosas presentaciones de la no-localidad cuántica, sea en los manuales de física cuántica o en las obras de divulgación. En cambio, para una explicación de este fenómeno en el límite de lo inimaginable —pero confirmado sin embargo experimentalmente— me permito remitir a mis escritos.

[2] El tiempo profano se relaciona con el mundo manifiesto e inmanente. El tiempo sagrado se relaciona con el de la transcendencia. Los dos pertenecen a órdenes de realidad inconmensurables. El primero está bajo el signo de la endo-causalidad parcial, es decir manchado de exo-causalidad parcial; el segundo está bajo el signo

Ahora y para concluir, yo diría que esta obra del Padre Brune aporta una iluminación esencial sobre la manera de comprender al Dios de los cristianos. El indica un camino a seguir, el de los místicos. Este camino es atractivo. Es el de una fe viva que pasa por la experiencia y la comprensión del corazón.

Dios, nos recuerda el autor, es un misterio a vivir. Este misterio es el del Amor. «*Dios creó el mundo por amor*», dice. «*Dios solo crea por pura bondad, por puro amor, porque el amor ama amar.*». Me viene aquí un pensamiento de Ibn Arabi, que decía: «*Mi religión es el amor.*» ¿Puede concebirse una religión más luminosa y más bella?

Termino con una última y admirable cita del Padre Brune, que me parece merecer que me detenga aquí para meditarla: «*En toda nuestra vida*», escribe, «*lo único que cuenta es el amor que hayamos sabido poner en ella. De toda nuestra vida no quedará nada más. […] Nosotros, en la tierra, solo tenemos realmente que aprender a amar. Esto es lo único que permanecerá.*» Y añade: «*Solo cuenta el amor, pero se trata, evidentemente, no de nuestros sentimientos, sino de nuestros actos.*»

---

de lo que yo llamo la ur-causalidad, que es la forma más pura de endo-causalidad. (¿Sería *Dios el ur-causal?*).

Introducción

30 AÑOS DESPUÉS

Hace treinta años, cuando aparecía la primera edición de este libro, parecía superado, provocador, anclado en viejas creencias abandonadas por casi todos los teólogos.

Hoy, es considerado como de vanguardia.

Este libro se ha convertido en una obra de referencia: editado en primer lugar en la editorial ortodoxa Ymca-Press en 1983, reeditado luego por Dangles en 1992, fue publicado de nuevo en Presses de la Renaissance en 2008, en colección de bolsillo. Está traducido al alemán y al ruso. Hoy resulta imposible de encontrar. Se imponía una nueva edición. Pero, después de treinta años, era necesaria una puesta al día. Había que tener en cuenta ciertas evoluciones en la Iglesia y nuevas publicaciones.

Hace treinta años, la fe cristiana estaba completamente vacía de su contenido: nada de Trinidad, de divinidad de Cristo, de milagros, de apariciones, de ángeles, de demonios… Muchos fieles no tuvieron tiempo de darse cuenta. Este abandono de la fe procedía de grandes teólogos reconocidos por la Iglesia, profesores de facultades de teología, escolasticados, noviciados… pero esta ola solo alcanzaba poco a poco a la masa de los fieles, comenzando por los seminarios mayores, des-

pués los animadores de círculos bíblicos, los catequistas… Poco a poco se vaciaban los seminarios mayores, luego las iglesias…

Hoy, bajo el impulso de Juan Pablo II, después sobre todo de Benedicto XVI, ha vuelto la fe cristiana. El Papa Francisco se atreve incluso, y varias veces en algunos días, a hablar del diablo. Los viejos profesores, así desautorizados, se callan. ¡Tanto mejor!

Pero, con demasiada frecuencia, se asiste a una simple Restauración, como la de los reyes después del Imperio. Es la fe cristiana la que vuelve, pero con demasiada frecuencia en el mismo molde, como antes de la crisis de la fe. Nuestros nuevos teólogos no han aprendido nada de esta crisis. Vuelven a caer en los mismos errores que son, precisamente, los que han llevado a esta crisis.

Este libro, por el contrario, no es una simple vuelta al pasado, sino una relectura de la Tradición, de toda la Tradición y, especialmente, a la luz de la experiencia de los santos, pero también de las concepciones científicas más recientes sobre el espacio y el tiempo, y de muchos fenómenos todavía desconocidos hace solo algunos años, como las Experiencias en las Fronteras de la Muerte (EFM), o experiencias de muerte provisional, por no citar de momento sino éstas.

Con la llegada del Papa Francisco, comenzaremos por un breve estado de las situaciones.

1. La crisis de la Institución

Después de estos treinta años pasados, es más difícil mantener la fe, porque la crisis de la Iglesia católica se ha agravado considerablemente. Hoy, aparece a los ojos de todos: Los fieles han abandonado masivamente las iglesias, los Seminarios Mayores han cerrado unos detrás de otros, las parroquias no dejan de reagruparse, el escándalo de los sacerdotes pedófilos no termina de ex-

plotar de país en país[1], las finanzas de Vaticano siguen siendo opacas[2], la caída de dorados y de ornamentos tan ridícula y antievangélica, la moral de la Iglesia bloqueada, la voluntad de poder tan hipócrita respecto a otros cristianos. Las obras detallan esta constatación y sugieren múltiples reformas. Algunos de estos autores, por otra parte sacerdotes y religiosos, no dudan en proponer reformas de estructura radicales.[3] El papa Juan-Pablo I había manifestado su intención de emprender las reformas necesarias. Por eso fue asesinado.[4] El asunto tal vez hubiera podido ser silenciado. Estos escándalos que se repiten no pueden ser disimulados.

Con el nuevo Papa Francisco, todo puede cambiar. ¡Es el gran momento, casi demasiado tarde!

Yo estaría de acuerdo para hacer el mayor silencio posible sobre todas sus debilidades, si sintiera por otra parte que los cambios necesarios se están realizando.

---

[1] Geoffrey Robertson, *L'Affaire Benoît XVI, comment le pape a organisé la protection des prêtres pédophiles,* H&O, 2012.

[2] Richard Hammer, *Vatican Connection* Balland, 2012; Gianluigi Nuzzi, *Sa Sainteé, scandale au Vatican,* Éditions Privé, 2012.

[3] Hans Küng, *Peut-on encore sauver l'Église?* Seuil, 2012; Christine Pedotti, *Faut-il faire Vatican III?* Éditions Taillander, 2012; Olivier Legendre, *Confessions d'un cardinal* y *L'espérance du cardinal,* JC Lattes, 2007 y 2011.

Ver también, entre muchos otros: Jacques Lagroye, *La verité dans l'Église catholique,* (en subtítulos: Protestas y restauración de un régimen autoritario) Berlín, 2006; *Qu'arrieve-t-il à l'Église aujourd'hui?* Obra colectiva de 4 autores, Éd. Lumen Vitae, 2011; *Catholicisme en tensions,* obra colectiva de 24 autores, Éd. EHESS, 2012 (esta investigación no se limita a Francia, sino que se refiere a los principales países de tradición católica); Joseph Moingt, *Croire quand mëme,* Le Temps Présent, 2010; *Faire bouger l'Église catholique*, DDB 2012; François Boespflug, *Franc parler du christianisme dans la societé d'aujourd'huii,* Bayard, 2012; Michel Quesnet, *Rêver l'Église catholique,* D.D.B., 2012; Mons. Joseph Doré *Peut-on vraiment rester catholique?* Bayard 2012; y en las últimas páginas: *À cause de Jésus,* Plon 2011; Anne Soupa y Christine Pedotti, *Les pieds dans le bénitier,* Presses de la Renaissance, 2010… Rémy Chauvin había sentido llegar la crisis desde hace tiempo. En 1999, había publicado en las Éditions du Rocher: *Le diable dans le bénitier)*

Sobre las causas teológicas de esta crisis: François Brune: *Le Christ autrement,* Le Temps Présent, 2010 y *Mes entretiens avec les morts,* Le Temps Présent, 2012; *Dieu et Satan,* Oxus, 2004, p. 341-364.

[4] David Yallop, *En nombre de Dios,* Christian Bourgois, 1984, edición completada en 1987; Paul Williams, *Les dossiers noirs du Vatican, l'argent, le crime et la mafia dans l'Eglise catholique,* H&O, 2010; Erika, *Du weisst nicht, wie sehr ich dich liebe,* textos elegidos por el cardinal Hans Urs von Balthassar, Joannes Verlag, Einsiedeln, 1988, p. 175-176.

¡Pero no es así! Todo continúa en la cabeza de la Iglesia como si nada ocurriera.

Se estima que en 2020, es decir mañana, apenas quedarán en Francia 6000 sacerdotes en activo, la mitad de ellos con más de 75 años. Su número será sin duda todavía muy suficiente puesto que la práctica de los fieles se hunde en el mismo tiempo: A título de ejemplo: en 1961, el 35 % de los franceses iba a misa todos los domingos. La proporción sería hoy del 4 %[1]. Se trata de un verdadero hundimiento.

La Iglesia está muriendo sin ruido. Desaparece poco a poco, simplemente. La caída comenzó mucho antes del concilio Vaticano II, del abandono del latín y de la sotana. La lenta erosión de la Iglesia comenzó hace mucho tiempo. Los estudios concretos a este respecto se multiplican.[2] Querer hacer responsable al último Concilio, es negarse a ver las causas profundas de este decadencia. Por otra parte, la vuelta parcial del latín, de un hábito eclesiástico bien visible, hoy generalizado, y de todos los dorados, con Benedicto XVI, no ha frenado la caída: lo mismo que los viajes de Juan-Pablo II y sus Jornadas Mundiales de la Juventud (JMJ). Los millones de jóvenes reunidos para aclamar al papa no se encuentran hoy en las iglesias y no parecen haber suscitado muchas vocaciones. Desde el tiempo que las primeras de estas reuniones tuvieron lugar, deberían comenzar a verse los efectos positivos. ¿Por qué no se ve que llegar a nada? ¿Qué ha pasado?

Es muy bonito hablar de «nueva evangelización» y de promover un «año de la fe». Pero si no se cambia nada en la Iglesia, todo esto no servirá para nada. Como sugiere un sacerdote, que ha tenido por desgracia que renunciar a su ministerio porque había encontrado el amor de una mujer, «La Iglesia, como institución,

[1] Jean-Marie Guénois en Le Figaro del 27/28 de octubre de 2012.
[2] Michel Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII siècle. Les attitudes devant la mort d'apres les clauses de testaments,* Plon, 1973.

debería regularmente auto-evangelizarse[1].» En cuanto a «la Nueva Evangelización», con todo el ceremonial para lanzarla[2] se ha iniciado muy mal, sobre todo si es para vender a los pobres fieles, sin defensa, a Santo Tomás de Aquino en lugar de la fe cristiana. El cardenal Carlo María Martini, jesuita y arzobispo de Milán, tan buen teólogo como Benedicto XVI y probablemente tan buen cristiano, reconocía que la Iglesia se había quedado bloqueada en una moral completamente superada. «La Iglesia tiene un retraso de doscientos años», decía él. Yo diría incluso trescientos años. En las grandes ceremonias, los cardenales están todavía disfrazados como Mazarin o Richelieu, mientras Artagnan murió hace mucho tiempo. ¡Qué lejos estamos de los Evangelios, a años luz! Basta mirar la disposición de la sala de audiencias en el Vaticano, espacio inmenso que separa la fila de los primeros visitantes hasta dos escaleras que dan acceso a otro espacio vacío, enorme, con el trono del Papa al fondo. Es hacer de él un semi-dios. ¡Estamos en pleno paganismo! ¡Es el primer cambio introducido por el Papa Francisco y es ya considerable!

¿Llegará la Iglesia católica a reformarse manteniendo su estructura actual? Es poco probable y aún menos deseable. La centralización actual en torno al obispo de Roma no es indispensable en la Iglesia. Es obra de una voluntad de poder que se ha impuesto poco a poco a fuerza de documentos y mentiras.[3] Igual que llegó el Vaticano, a fuerza de maniobras, a hacer que le admitieran como un verdadero Estado, contra todos los reglamentos internacionales.[4] Nada de todo esto es esencial a la Iglesia. Vivió de otra manera durante siglos y podrá

[1] Maxime Morand, en la obra colectiva: *Prêtres, et après? L'avenir des paroises et de l'aucaristie,* Editions Saint Augustin, 2011, p. 160.
[2] Jean-Marie Guénois en *le Figaro* del 27/28 de octubre de 2012.
[3] Hans Küng, *Peut-on encore sauver l'Église?* Seuil, 2012.
[4] Geoffrey Roberston, *L'affaire Benoît XVI, comment le pape a organisé la protection des prêtres pédophiles*, H&O, 2012.

de nuevo vivir un día sin todo esto. Cumplirá sin duda mejor su misión.

Con el nuevo Papa, ha nacido una nueva esperanza. No hará probablemente, salvo milagro, las reformas que todo el mundo espera y a las que el cardenal Martini era favorable. No habrá ni ordenación de hombres casados, ni acceso a los sacramentos de los divorciados vueltos a casar, ni flexibilidad en los anticonceptivos y los preservativos y todavía menos en el aborto, incluso en los casos extremos especialmente dramáticos. Pero al menos se puede esperar el final de la pompa vaticana, la limpieza del personal del Vaticano y una puesta en orden de las finanzas y de la vida moral. Pero hay una nueva puesta en orden mucho más grave a realizar: en Occidente, a pesar de su Papa infalible, ha estado a punto de desaparecer completamente:

2. La crisis de la fe

En los pasados siglos, la Iglesia conoció también innumerables escándalos y muchas disfunciones, a veces mucho peores de las que hoy se conocen, pero el mensaje pasaba sin embargo. Comenzó a hacerse poco a poco menos convincente, a medida que se desarrolló en la Iglesia una teología más filosófica que mística y por tanto incapaz de responder a la expectativa espiritual los fieles.

Resumamos, simplificando mucho, pero haciendo también aparecer los rasgos esenciales de esta lenta evolución:

Los errores de San Agustín habían sido corregidos en gran parte en los siglos XI y XII por teólogos relacionados con las grandes tradiciones espirituales cartujanas, como S. Bruno, fundador en Francia de la Cartuja; benedictina, como Jean de Fécamp, Hugo de San Victor, Guillaume de Saint-Thierry; franciscana, como San